

LA LUZ AL FINAL DEL TÚNEL

Era una mañana soleada conducía por la carretera, entraba a un largo túnel, siguiendo la luz que se proyectaba frente a mi rostro; los cristales bajados, el viento revoloteaba mi cabello con el frenesí de la velocidad, sentía que volaba con esa impetuosidad que me caracteriza, comiéndome el mundo a puñados.

Fue cuando de pronto, el camino sin fin, se empezó a oscurecer, a ennegrecer, de tal forma, que las sombras de las siluetas se difuminaban hasta desaparecer. ¡Entonces, una voz me alertó sobre una gran amenaza!, y conforme me acercaba al peligro, el sonido era mayor, casi perturbador; pensé en detenerme, pero era tal la velocidad del ritmo de mi vida , que era imposible.

Imaginé mil cosas, drones sobrevolando en el túnel; hombres al asecho con bombas; fuego, humo; creyendo que entraría el mundo en guerra y que me alcanzaría; aunque al mismo tiempo, me cuestionaba el –¿por qué habría una guerra?, ¿es tanta la codicia del hombre?, ¡no!, me dije, ¡es imposible! ¿Será que el hombre ha destruido la atmósfera y al final del túnel ya no habrá vegetación, animales, vida, sólo desolación?–.

Seguía imaginando, pero no veía mas que un túnel negro y nebuloso, sin embargo la alerta cada vez era más alta e intensa, fue entonces que empecé a escuchar sirenas en la oscuridad y a ver sombras, muchas sombras, corriendo en ambos sentidos dentro del túnel y sobre sus bocas cubriéndolas, un pañuelo blanco. El camino continuaba, no alcanzaba a ver la salida, y de pronto llantos, sollozos y gritos de desesperación; a la vez miles de sombras tendidas sobre sábanas blancas y agitadas respiraciones.

Hasta ese momento seguía sin entender que sucedía, sin embargo me estremecí, sentí escalofrío, miedo y otra vez aquella voz que me decía: –cierra las ventanas, no pares, no salgas del auto, no toques nada, estás frente al enemigo–; –al ¡enemigo, respondí!– –¿dónde, cuál?, que no lo veo, no lo escucho, ni lo siento, ni lo huelo–; –¡ten cuidado, que estás frente a él, es letal e invisible!–.

Pero –¿cómo, invisible? y ¿qué hago para destruirlo?–, –tendrás que hacer un mar de burbujas de jabón y cubrirte el rostro para que no te reconozca–. –¡Es una broma!, aquí no hay nadie–, –¡ten cuidado! es algo tan cierto, como inimaginable.

Su tamaño es microscópico, pero su información genética es poderosa, así que puede destruirte –. –¡Esto es terrorífico, caótico!, ¡puede destruirnos a todos!– le cuestioné.

Paralizada, empecé a sudar frío, me sentí sola, desprotegida y abandonada a mi suerte. Sentía que el mundo se colapsaba como en las guerras, moriremos muchos y otros, decidirán quién muere o debo vivir; no habrá cura, alivio y la fe se perderá.

Me sentí morir, el aire me faltaba, era asfixiante, palidecía rápidamente. Me dije –¡Estamos en guerra!, ¡sí! es la tercera guerra mundial, sin pólvora, sin armamento y sin embargo mucho más letal y monárquica, son virus coronados–.

Por un instante vino a mi mente aquella historia de mi madre, cuando presencié un bombardeo en Barcelona, durante la guerra civil española, salió corriendo de casa tras su perro Dido, blanco como la leche, en el instante aquél que las sirenas alertaban a la población del bombardeo. No tuvo tiempo, se tiró al quicio de un edificio, se refugió, y en fracción de segundos, un ruido ensordecedor, la oscuridad y cayendo bombas frente a ella. Al poco rato subió la vista y vio

derrumbarse las paredes del convento. Más tarde ente el polvo y el humo, de los escombros apareció *Dido*, con su cuerpo tembloroso, lleno de ceniza.

Aquello fue terrible ¡grite!, no lo olvidó jamás; pero al menos sabían del enemigo, quién era? ¿y cómo atacaba?; pero de los coronados poco se sabe.

Pensé ¡No quiero morir!, ni que mueran los seres que amo y los que no amo tampoco. ¿Será un castigo apocalíptico?, un virus mutante, o ¿el más malvado y poderoso del mundo querrá destruirnos? . Me dije, –no lo sabrás jamás–.

Entonces la bruma del túnel se abrió y entre una inmensa guía de luz, escuche, –¡Si quieres volver a ver la luz al final del túnel, tendrás que obedecer! y desde hoy, corregirás muchas de tus acciones, valorando el significado de saber vivir, en dónde las cosas más simples tomarán un nuevo sentido. El beso se convertirá en un acto sublime y único y valorarás a quién besar; y que decir del abrazo, será la expresión máxima de acercamiento, de deseo, de demostración de cualquier forma de amar–.

–Será a partir de que veas la luz después del túnel, que vivirás en alerta máxima– . Somos frágiles, vulnerables y propensos al desarme ante el Rey de Reyes ; sin embargo a diferencia de otras guerras, aquí todos unidos podremos salir victoriosos, porque en mucho, el cambiar las cosas está en todos nosotros–

La voz se acalló, empecé a ver la luz al final del túnel, salí y volví a la carretera.

Pilar Thompson Caplin